

Nora Giú

Escucha quien
cuenta

A mi esposo *Alejandro*

A mis hijos: *Georgina, Bárbara y Lucas*

Agradecimientos

A María, por su colaboración en casa y a Luis, por compartir mi locura.

PRÓLOGO

“Desde un banco de estación de tren, se le escapan los recuerdos como agaciles de jardín anunciando las lluvias. En su corazón, la casa vacía se hace más grande... y ya, no la habitan los ruidos...”

“El mundo dividido en dos, las miradas que chocan contra las paredes, monotonía, incomunicación, y los teléfonos que llaman, hacia adentro. ¿Lágrimas? seguro serían de cemento y cuadradas...”

“Los zapatos agujereados. La tierra esta desnuda de árboles, y al búnker llegan bombas de aguas y de vientos; vamos, vamos, lavemos culpas, ¿no te das cuenta? Es el progreso”.

“Dime con quien andas y te diré cuanto vales, ¡Cuan grande es tu talento! competencia, alcohol, ¿perfección? Hombre... en los libros de cuentos”.

“¿Quién puede descifra esta suma? Quién dice, que una abuela, un loro, un clarinete , un perro y la llegada de familiares, resulta molesto? Quien, quienes...”

Nora Giù, nos presenta un conjunto perfectamente discernible, compuesto de narraciones, monólogos y cuentos, verdaderos "abstractos", que plasman, cantan, cuentan y sueñan, el día , a día, a través de su prisma. Haciendo historia desde la simpleza y lo profundo de su narrativa.

Nos lleva de su mano con nexos sencillos, que desmenuza a su paso por el papel. Haciendo surgir personajes, y lugares, hasta plantarnos en el límite y hacernos percibir, " las cosas por descubrir" .

Capaz de emplear con habilidad las palabras, como pintora, se interesa en representar el mundo que la rodea.

Lo que nos hace sentir, o, lo que nos hace pensar, son reflexiones, que lleva a cabo a través del propio proceso pictórico- lingüístico, en tiempo real y personal.

Nos invita y participa con una memoria: común y universal.-

Luigi Filocco

Poeta, escritor

TENEMOS CASA NUEVA

Todo comenzó a la semana de habernos mudado de casa, aquel verano de 1973.

Mamá, había decidido que necesitábamos más comodidades. Una habitación para la abuela con todos sus santos y su loro – de este modo, se mantendría a salvo de la persecución del perro- un cuarto para los ensayos de clarinete, más espacio para el perro y esas cosas... No tardó en salir a buscar casa nueva, y cuando la encontró, cerró el contrato de compraventa. Papá, como de costumbre, solo tuvo que ir a firmar la hipoteca a lo del notario. Efectivamente, era una casa antigua, más confortable que la anterior en el sentido de que contaba con tres dormitorios: uno para mis padres, otro para mi abuela, -a quien llamábamos “la nonna” porque era italiana y hablaba en un dialecto que solo los integrantes de esa familia entendíamos- ; donde podría meter su pequeño altar con sus santos, la virgen con el manto

de terciopelo rojo y el cristo crucificado. Podría rezar a gusto el misal con las tapas de nácar

blanco -abierto siempre en la misma página- y proteger a su loro de las incursiones del perro. La casa quedaba cerca del cementerio, donde estaba enterrado el abuelo. Tenía una capilla. A mamá le vendría muy bien, porque, entre los dos lugares, la nonna se entretendría sin incordiarla en la cocina -la pasaba muy mal con esto de que cada dos por tres arruinaba la comida, echándole sal en cada oportunidad que se acercaba a la cacerola, además, de lo que mamá le hubiese agregado antes-; también, tenía un dormitorio para mi hermana Lucía y yo, y un cuarto al fondo, donde papá podría ensayar con su clarinete sin afectar al perro que sufría de los oídos y no toleraba el sonido agudo del instrumento; y de paso, que el resto de la familia se librara de sentir el lamento del animal haciendo un dúo forzoso con el sonido del clarinete; y para el pobre perro, sería un ahorro de patadas. Sucedió cuando papá no lo soportaba más: el animal salió despedido por el aire y como un bólido atravesaba media casa y... ¡Quién

Tenemos casa nueva

sabe dónde iba a parar! Desaparecía por varios días. Había una galería, abierta a un patio con canteros llenos de plantas, en la que se alineaban las puertas de los dormitorios. Tenía un living espacioso, una cocina amplia para comer los cinco, y hasta una terraza con una parrilla para los asados; a la que se accedía por medio de pocos escalones y que contaba con una habitación para depósito de trastos.

El único defecto, era que contaba con un solo baño. Pero, mamá, dijo: “esto no será un obstáculo si nos organizamos bien; y en cuanto a la nonna, le ponemos un orinal y asunto arreglado”.

A principios de ese verano nos mudamos. Al cabo de una semana, teníamos la casa en orden: papá, había comenzado sus ensayos de clarinete en el cuarto del fondo, el perro, feliz, mantenía a salvo sus oídos y parecía haber renunciado a perseguir al loro; que pasaba el día sobre su aro hablando solo en la habitación de la nonna. Era increíble como el ave se había aprendido varias palabras en la lengua de la nonna. A diario se lo escuchaba diciendo cosas como: ¡Dio Santo! ¡Mascalzone io ti ammazzo!

Cuando todo parecía estar en armonía, augurarnos una feliz adaptación a la nueva casa y un verano para disfrutar...

Repito: cuando todo parecía perfecto...

A la semana siguiente, llega una carta de Tía Coca, -la hermana de mamá que vivía en el sur- comunicándonos que: harta del mal tiempo, había decidido venir a pasar sus vacaciones de verano con toda su familia -marido y dos hijos gemelos- a nuestra casa y, que si no teníamos ninguna objeción para recibirlos, llegarían el siguiente domingo. Mi padre, por todo comentario preguntó:

—¿Y cómo se supone que vamos hacer nueve personas con un solo baño?

—Vos, no te preocupes, que, con organización se puede. Nos levantamos más temprano para usarlo, y asunto arreglado. Ah... y a ellos, para dormir, les vamos a dar tu cuarto de ensayo; sentenció mamá, y no hubo lugar para más discusión -aquí sí, que a papá le cambió la cara-.

Y así fue, como aquel domingo, cuando el termómetro marcaba como 40º de temperatura y

Tenemos casa nueva

soplaba un viento ¡tan caliente! que cuando salíamos fuera parecía que entrábamos a una caldera; llegaron a casa. Mi tío, un hombre que, por lo bajo, rondaría por los ciento cincuenta kilos -con una generosa barriga que parecía tener vida propia y amenazaba con lanzarte los botones de la camisa amarilla que traía puesta- entró sudando la gota gorda y enfiló directo para el baño. Apenas lo vio entrar, papá, me cuchicheó al oído: “a este gordo no habrá cama que lo aguante, vamos a tener que ponerle un colchón en el suelo”. Tía Coca - flaca, casi transparente de ojo saltones - con una voz chillona que martirizaba hasta al más sordo, no paraba de charlar con mamá; mientras los dos gemelos, - que cuando los mirabas te daba la sensación de que veías doble- iban vestidos iguales y no cesaban de correr por toda la casa luchando como los samuráis con unas espadas de plástico al grito de ¡haiacu!; hasta que quedaron dando vueltas alrededor de la nonna. Ésta, amenazándolos con su dedo índice, empezó a insultarlos en su dialecto italiano, ininteligible para todos excepto para los de la casa. Apenas encontró

una ruta de escape, se persignó, y sin dejar de refunfuñar en su lengua, salió como alma que llevaba el diablo a encerrarse en su cuarto. Lucía y yo, enseguida hicimos mutis por el foro en nuestro dormitorio.

En menos de una hora se agotaron todas las existencias de bebidas frescas de nuestra nevera, el hielo y la comida. A la mañana siguiente, comenzamos a poner en práctica la planificación de mamá para acceder al baño: había que levantarse por lo menos una hora antes de que lo hicieran nuestros huéspedes, si te quedabas dormido no entrabas hasta el mediodía. A mi tío, el gordo, más de una vez lo sorprendimos regando las plantas en los canteros del patio; problemas de vejiga, “según se excusaba”. De modo, que para que nadie lo advirtiera, y para evitar el olor, inmediatamente, mamá nos mandaba con una manguera a inundarlos de agua. Papá, cuyo semblante había empezado a cambiar de color -y no por el sol- ahora, ensayaba el clarinete arrinconado en el dormitorio conyugal; pero, solo podía hacerlo por las tardes, para no despertar a los gemelos que

dormían en los sofás del living, contiguo a esa habitación; y también, para tener algunas horas de paz: estos, se pasaban gran parte de la noche peleándose al grito de ¡haiacu! va y ¡haiacu! viene, hasta que, mi padre o mi madre, se levantaban a tirarles con lo primero que les caía en la mano. La nonna, cada vez que los samuráis andaban sueltos por la casa, deambulaba con expresión de terror por la galería aferrándose a las paredes; y en cuánto se topaba con ellos, no perdía la oportunidad de lanzarles alguna amenaza celestial mostrándoles el gran crucifijo que colgaba de su cuello.

—¡Esta vieja, parece una bruja! Le falta la escoba, ¡Da miedo! Asusta a los chicos. ¿Por qué anda siempre con esa ropa negra y ese crucifijo tan enorme?- chillaba tía Coca, rodeando con sus brazos a los gemelos que, en silencio, asentían con la cabeza.

No habríamos pasado una semana de readaptación, que llegó un telegrama del norte. Era de mi tío Ángel, el hermano menor de mamá. Anunciaba

su visita para la próxima semana y éste, venía con su mujer y su bebé de un año y medio.

__Per fortuna, solo hanno un bambinetto picolino -por suerte solo tienen un bebé- suspiró la nonna, pero, ¡qué poco le duraría la alegría! Nada más llegados los nuevos, la sacaron de su cuarto. La mudaron con todos sus santos, la virgen con el manto aterciopelado, el cristo crucificado, el misal, el orinal -loro incluido- a nuestro dormitorio.

Alguna de las dos tenía que cederle su cama. Tiramos la moneda y le tocó a Lucía, que fue a parar a un colchón en el suelo. En lugar de nuestros perfumes, cepillos del cabello o bijouterie... fue levantado el nuevo santuario de la nonna.

De ahora en más, no resultaría sencillo conciliar el sueño: en nuestro cuarto, una sombra rezaba como un alma en pena, sentada en la oscuridad con la luz de la luna entrando por la ventana. El loro que había aprendido a decir, ¡haiacu! Y lo repetía durante toda la noche. El ruido del combate de los samuráis que venía del living; y con el ruido despertaban al bebé que empezaba a llorar enloquecido, y como corolario,

se escuchaba el poderoso ronquido del tío gordo que venía desde el fondo.

Una asombrosa sincronización.

A estas alturas, el camino hacia el baño se había convertido en una carrera de postas. Teníamos vigilantes u observadores, por ejemplo: con mi hermana nos turnábamos en mirar cuándo se desocupaba, nos hacíamos una señal y... ¡a correr! Mis padres, hacían lo mismo y por supuesto el resto de ocupantes. Para mi abuela, al respecto, nada había cambiado; y para mi tío, el gordo, tampoco. Por las mañanas continuaba regando las plantas y nosotras, detrás, con la manguera...

Al cabo de una semana, con esta romería, llega una tercera carta. Esta vez, era tía Chiquita, -apodo que tenía desde niña aunque, fácilmente rondaría los cien kilos... o más.- El asunto era, que Chiquita, -viuda reciente- anunciaba que por fin había decidido hacer caso de los consejos de sus hermanos, de tomarse unas vacaciones y alegrarse un poco la

vida...y donde decidió venir, por supuesto, a casa. Vendría con sus dos hijas -ambas seguían los pasos de su madre en cuanto al peso corporal-. Que no nos preocupáramos por las comodidades, que ellas se arreglaban de cualquier modo; que lo que querían, era disfrutar de unas merecidas vacaciones. En esta oportunidad, sí se alzaron voces de protestas airadas. Tía Coca, le increpó a mamá: qué dónde las pensaba meter, qué, si no se daba cuenta de que éramos muchos, que hacía demasiado calor. Los demás suspiraron, se avecinaba tormenta: Coca y Chiquita jamás se habían soportado.

—¡A nosotros, ni muertos nos sacan nuestra zona de combate en el living - gritaron al unísono los gemelos y el matrimonio con el bebé aseguró que ni locos cederían a nadie la habitación que ocupaban los tres y que fuéramos pensando en cómo haríamos con el uso del baño; y mi abuela sentenció, que a ella nadie más le movería de lugar su santería. Recriminaciones, que mamá refutó, alegando, que no podría de ningún modo decirle a la pobrecita de su

Tenemos casa nueva

hermana, que suficiente desgracia tenía de haber perdido a su marido tan de golpe, -un infarto, cuando pesaba como doscientos kilos- que no podría recibirla en su casa. Nos arreglaríamos con una nueva organización. Papá abrió la boca en son de protesta, pero de inmediato la cerró con cara de querer escupir tantas palabras que ninguna le salió; encima, fue el primero en sufrir los embates de la redistribución, porque de nuevo tuvo que ceder su lugar de ensayos, en el dormitorio conyugal, esta vez, a favor de tía Chiquita. Así fue, como lo vimos pasar destilando humo con su música a la terraza, dónde, debido a que durante el día había un sol que rajaba la tierra, intentaba ensayar solo por la noche; intentaba, digo, puesto que comenzamos de nuevo con el viejo problema del perro: que apenas escuchaba la primer escala musical, arremetía con un solo de lamento de lobisón que se escuchaba en toda la casa y alrededores; y duraba todo el tiempo que sonaba el instrumento, hasta que salía despedido como un bólido por la reacción de papá. A su vez, el infortunio del animal, provocaba la ira de los vecinos, quienes no

escatimaban en arrojarle utensilios de los mas particulares, hasta que uno, enloquecido por el insomnio, le tiró con agua.

Las dos primas recién llegadas, ambas con aspecto de guerreras vikingas: cara redonda, llenas de pecas, la mirada extraviada, cejijuntas... -y de cepillito-; el cabello rojo, grueso y tieso; cortado a hachazos -francamente te intimidaban- tampoco se acomodarían en cualquier cama, nos obligó a pedir más colchones a los vecinos y tuvieron que ir a compartir el ambiente del living con los dos samuráis. Como era de esperarse, no sería esa, la primera noche, una noche ordinaria: durante los primeros minutos se escuchó una verdadera batalla campal. Luego, un fuerte ¡haiacu!, después, un segundo más débil y el tercero... no escuchamos un tercero. Por la mañana, no quedaron dudas de quiénes habían sido los vencedores, al ver a los gemelos ostentar un ojo en compota cada uno; y a las guerreras vikingas, que les clavaban una mirada amenazante; intactas. Tía Coca, emitiendo un aullido más agudo que de

costumbre, corrió a socorrer a sus hijos. En lo que restó de aquel día, ni una sola palabra, y ni un solo haicau, salió de la boca de ninguno de los dos. Un respiro para todos, salvo para tía Coca, que arremetió contra su hermana Chiquita, contra las dos guerreras vikingas; y de paso, contra la nonna, que pasaba por allí.

Con quince personas, un perro y un loro, la casa parecía una colmena; y detalles cotidianos, como encontrar comida en la heladera, comer en una mesa, conseguir una silla para sentarse o dormir por la noche, se habían convertido en lujos asiáticos. En lo que respecta al uso del baño, de nada servía amanecer una hora antes, ni tener vigías. Desocupado, jamás estaba. Ahora, tenías que madrugar para hacer cola frente al baño, a no ser, que sobornaras a los gemelos, quienes, a cambio de una tarifa, se ofrecían para guardarte un lugar; mientras, disfrutabas un poco más del sueño.

La nonna, a pesar de las amenazas de mamá con internarla en una residencia; y las amenazas del

resto de la gente que la espantaban cada vez que se acercaba a la cocina, continuaba echando sal a gusto cada vez que pasaba de casualidad por ahí. Los únicos que agradecían la comida eran el perro y el loro a quienes no les importaba el exceso de sal.

Hasta que un mediodía, paso por la cocina y los veo discutir y recriminar a mamá...

—¿No vez que esa bruja nos quiere matar a todos? - aullaba tía Coca, desesperada, luego de haberle pasado toda la comida a la fauna de la casa.

—¡Tenés que hacer algo con esta vieja! ¿Por qué no la meten en un asilo de una buena vez? ¡Algo hay que hacer con esta loca!- saltó tía Chiquita, que para esto, si que hizo causa común con su hermana, Coca.

—¡Esta vieja es insoportable! No queremos que se acerque a nuestro bebé. ¡Está medio loca! Mirá si le hace algo – exclamó, Tío Ángel.

Tenemos casa nueva

Lo que todavía me resulta incomprensible, es por qué, la gente daba por hecho que: como nadie entendía su dialecto, la nonna tampoco comprendía lo que comentaban los demás; y hablaban y despotricaban sin inmutarse delante de ella; sin más ni más. Creo, que fui la única en darme cuenta que la nonna abandonó de inmediato la cocina. No apareció ni para la hora de comer, ni para darle su habitual comida al perro, ni para darle la lechuga al loro; -que por cierto-, tampoco a ambos se los veía por ningún lado. Con el pasar de las horas, esto comenzó a preocupar a mi padre y luego a mi madre. Era evidente, que mamá no quería comentarle a papá el incidente de la cocina, pero -sospechábamos con Lucía- algo de culpa les habría comenzado a remorder, cuando, a mamá y a sus hermanos, se los veía apartándose para cuchichear- . De modo que la casa, instada por papá y mamá, se convirtió en una procesión que iba y volvía al grito de ¡nonna, nonna!, y que se metía en cada una de las habitaciones y en los lugares más recónditos o más inusuales. Incluso, hasta buscábamos al perro o al loro para que le

siguieran el rastro; pero continuaban desaparecidos. Cuando en casa no quedó lugar por donde rastrear, todo el mundo salió a la calle y vecino por vecino fuimos preguntando por la nonna.

Nada. Ninguno le había visto el pelo.

Cerca de las seis de la tarde, el barrio entero la buscaba. Casa por casa, en la carnicería, en la verdulería, en la panadería, en la tintorería, por los terrenos baldíos... Siendo más de las seis de la tarde, la dieron oficialmente por desaparecida. Papá, decidió hacer la denuncia a la policía. Primero, empezaron a meterse los que estaban más próximos a la casa, luego, se animaron los que todavía andaban buscando por la calle, después, los que se iban enterando a medida que pasaban... y en segundos, como si hubiesen destapado una colmena, nuestro patio se convirtió en un enjambre de cabezas, manos que gesticulaban, caras de circunstancia, no se podía dar un paso sin pisar a alguno; todo el mundo opinaba a los gritos para hacerse escuchar:

Tenemos casa nueva

__ ¡Te digo que salió a caminar y se desorientó, por eso de las fallas de memoria!

__ ¿Cuántas veces el carnicero o el panadero la encontraron perdida a la nonna, eh?” __ Nena... -me decía una vecina mientras su cabeza era arrastrada por la correntada de vecinos- ¿No se habrá peleado otra vez con tu mamá? Y se fue... -lo último que dijo no lo alcancé a escuchar-

__ Che –dijeron del otro lado- ¿y si le dio un infarto a la pobre vieja por la calle? Ya tiene una edad...

A los empujones, conseguí llegar hasta la cocina. Me encontré con mi madre y mis tíos que se habían encerrado allí. Nadie decía una palabra, permanecían sentados alrededor de la mesa, con la cara más larga que de costumbre. De pronto, desde el fondo, se escuchó: ¡Dío mio! ¡mascalzone io ti ammazzo! Y repetía, Dio mío io ti ammazzo... los de la cocina saltaron de su silla, ¡la abuela! ¡la nonna! la abuela... la correntada de vecinos se abalanzaba por el patio en dirección a la voz. A los tirones, a las

patadas, a los empujones, algunos se iban cayendo por el camino y sufrían los pisotones de los que venían atrás... intentaron entrar todos a la vez por la estrecha puerta del cuarto de ensayos; hasta que el tumulto quedó convertido en un enorme nudo, con cuellos y cabezas que se alargaban en el afán de ver alguna cosa. De improviso, veo, que los que habían quedado encajados en la entrada, retrocedían empujados desde los de adentro, a estos, le siguieron los otros que fueron aterrizando encima de los anteriores; hasta que la habitación quedó vacía. Un gran enredo de brazos, piernas y cabezas. Solo tenían ojos hacia el que iba saliendo: ¡Diomíodíomiodiómio! No paraba de repetir el loro que salía dando saltos, mientras agitaba las alas enloquecido intentando levantar el vuelo. En cuanto le hicieron lugar, desapareció en un santiamén.

Hacía rato que no veía a Lucía. Caminando contra la marea humana que volvía del cuarto de ensayo, conseguí llegar cerca de la terraza. Alcancé a ver su cabeza desde lo alto de la escalera. Me hizo

Tenemos casa nueva

señas con la mano para que subiera. Intrigada, caminé hasta allí y cuando comienzo a subir, se puso un dedo en la boca pidiéndome silencio. Ahora, la marea humana se movilizaba en dirección a la calle, me pareció escuchar que acaba de llegar la policía. Seguí a mi hermana por la terraza. Me llevó al cuartucho de los trastos. Con una mano me indicó hacia una vieja cortina que colgaba de unos tirantes. Cada vez entendía menos. La aparté un poco y... lo que ví me dejó boquiabierto: la nonna sentada encorvadita sobre un cajoncito, el perro, hecho un ovillo a sus pies y el loro, aferrado a su hombro, le murmuraba algo al oído. El ave giró la cabecita hacia mí y balbuceó: d-io sa-nto, di-o sa-nto, mientras que la nonna, con una serenidad absoluta, me observaba desde los puntitos oscuros que emitían rayitos de luz. Una sonrisa cómplice, dulce, apenas esbozada, me convenció de la inutilidad de cualquier pregunta y cualquier respuesta...

Desde abajo venían voces encendidas que estaban subiendo de tono. Las tres, con mi nonna en el medio, nos acercamos al límite del cerco. Ellos no

podían vernos pero nosotros si divisábamos el patio. En este momento se había convertido en una maraña de vecinos que rodeaban a dos oficiales de policía. Interrogaban a mi madre y a mis tíos, que a su vez, gesticulaban discutiendo entre sí.

—Te digo que vos empezaste con esto de que la ibas a mandar a una residencia...

—¡Ah qué bien! Ahora resulta que soy, yo, la mala de la película. ¿Y cuando ustedes la amenazaban, qué?

—¿Amenazar? ¿Amenazar? ¡Mirá, que no te lo voy a permitir, sos la menos indicada, vos!

—¡Basta señores! ¡Basta! —cortó de zopetón uno de los policías —.Me parece, que van a tener que aclarar unas cuantas cosas; pero lo van a tener que hacer en la comisaría. Así que vamos saliendo, todos... vamos...

Silencio absoluto.

Ante nuestros ojos, una columna de cabezas empezó a dispersarse en dirección a la calle con una inusitada velocidad. En segundos, no quedó un solo vecino en el patio. A continuación, mis tíos, mi madre, incluidos los gemelos, las guerreras vikingas y mi padre, con su

cara descompuesta, en fila india, se pusieron en marcha; y todos escoltados por los oficiales hacia la salida.

El tiempo parece haberse detenido en este mismo instante. El patio ha quedado completamente vacío. Ni un sonido. El loro se anima primero. Agita las alas y sobrevuela hasta el centro del patio. Mira hacia un costado, mira hacia el otro, luego, levanta su cabecita y nos clava los ojos. Mi hermana baja algunos escalones y le alarga una mano a la nonna. Yo las sigo. Nuestros pasos resuenan en las baldosas desiertas. La cocina, las habitaciones, el baño... el perro entra y sale moviendo la cola de puro contento. Llegamos a la galería... y la nonna, que viene con el loro, lo deja aferrado a su aro. Luego, se dirige al centro del corredor solitario, se detiene, nos observa, primero a Lucy y luego a mí. Se encoge de hombros y suspira:

__¡Qué pace!

__Dio santo, dio santo, agrega el loro.

ESPERANDO UN TREN

Me dijo ese señor de la boletería, que no sale hasta las cuatro. Que me dice... _¿TAMBIÉN PERDIÓ EL DE LAS DOCE? Encima viene con dos horas de atraso. _AH... VINO EN EL COLECTIVO... pobre...peor entonces. A mi me trajo mi hijo en el auto, pero tampoco pudo llegar el pobre con este tráfico... habrá que esperar con paciencia ¿no?, que se le va a hacer, y...si no fuera por este calor... Yo quisiera caminar un poco ... pero con estas piernas... _Y, ES LA FLEBITIS, ¿VIÓ?. Siempre se me ponen así cuando hay humedad. A mi edad... los médicos ya no le encuentran remedio a esto. _NO, M'HIJA NO SOY DE ACÁ ahora vuelvo a mi casa... _EN LAS FLORES, ¿no lo conoce?, bueno... es un pueblo muy tranquilo... era lindo en mi época si, muy lindo pueblo, pero ahora, solo quedamos los viejos... no hay más trabajo sabe y... los jóvenes apenas pueden, se van nomás. _SI, VIVO SOLA, SÍ, me quedé sola en la casa, ¿vió?, ¡Qué grande se me hace la casa a veces!

A mi marido... ¡que Dios lo tenga en la Santa Gloria pobrecito! ya va hacer como un año que se fué, ahora, el veinte de este mes, ¡parece mentira pero cómo pasa el tiempo! Pero bueno, me queda mi hijo... ¿Le hablé de mi hijo? Si, claro... Ya le dije que me trajo hasta aquí en el auto. _¡NO! ¿CÓMO DICE? ¡CÓMO SE IBA A QUEDAR ESPERANDO ACÁ! Demasiado que me trajo, con lo ocupado que anda siempre el pobre. Si trabaja como un loco, duerme poco... anda siempre nervioso... Está en una empresa importante de acá, ¿vió?... ¿Cómo es que se llama? Espere... a ver si me acuerdo... ¡Siempre fue tan inteligente! De chico era el mejor del grado... Pero, la empresa ¿cómo era que se llama? Espere... Es que creo tiene un nombre como en inglés... Y yo, para el inglés... es que de vez en cuando se me van los nombres... _SI, SI, TIENE RAZÓN AHORA NO IMPORTA EL NOMBRE. A veces me olvido de las cosas, sabe... ¡Está pesadísimo! ¿no? Hace falta mucha lluvia, si, claro que sí. Allá, cuando llueve, enseguida refresca, y cómo se ponen de lindas las plantas, yo tengo el patio lleno de plantas... mi marido, tenía la quinta

también ¿sabe? Pero, yo, ya no estoy como para cuidarla, no. _¿CÓMO QUE DONDE? Allá, en Las Flores, en el pueblo, dónde va a ser... ¿Le dije que vivo en Las Flores? Claro, claro que le dije. Pero acá... acá ni me doy cuenta cuando está por llover... Como no hay alguaciles como en el pueblo, ¿vió? Una, qué sabe si va a llover o nó... _¿QUÉ? ¿QUÉ, QUÉ SON LOS ALGUACILES? Ahora se lo explico... pero espere... ¡Mire para allá! ¡Allá! Mire esa gente ¡qué suerte tienen que ya llegó el tren de ellos! Y nosotras todavía esperando, acá, ¿que hora es ya? Menos mal que está usted, una joven tan simpática, así una tiene con quien charlar y se le pasa más rápido el tiempo ¿no le parece? ¿De qué estábamos hablando? Ah, si, si, de los alguaciles... los alguaciles. Bueno, los alguaciles son unos bichos así de largos, ¿ve? que son parecidos a... son parecidos a... _NO, FALTABA MÁS, NO SE MOLESTE, QUÉDESE TRANQUILA NOMÁS, yo estiro un poco las piernas así, sobre el bolso, ¿ve?, Y me las arreglo... _¡PERO, SI LE DIGO QUE NO SE PREOCUPE M'HIJITA! ¡SI NO NECESITO TODO EL

BANCO, ASÍ ESTOY BIEN! ¡Y CLARO que si! Pero, si le digo que estoy bien así...

_¿VIVIR CON MI HIJO? CÓMO SE LE OCU... NO M'HIJITA... DE NINGUNA MANERA... ¿acá?, ¿y para qué? qué voy a hacer yo, acá, en Buenos Aires... se imagina, flor de carga sería esta vieja. Dése cuenta. _¡PERO NÓ! YA SÉ QUE ES MI ÚNICO HIJO. Si él nunca me hace faltar nada... mire, que todos los meses me manda unos pesos ¿eh?, ¡Y, sino! Qué hago yo con los ciento cincuenta de la pensión... Y, claro, si esa es la pensión que cobro de mi difunto, m'hija. Mire que a mí nunca me gusta pedirle plata, sabe, siempre me las arreglo, pero, ahora... entre la diabetes y la flebitis... Que, cómo hago para comprar los remedios... y diga que tengo el Pami, que me hace los descuentos ¡que si no! Con esos pesos es que puedo venir de vez en cuando; para ver a los nietos. _¡CLARO QUE TENGO NIETOS! Cuatro tengo, a ver...espere... por acá tengo las fotos _NO, NO, DEJE, DEJE QUE YO PUEDO... lo que pasa, es que se metieron en el fondo... acá están. ¡Mire, mire! Este que está aquí es

el mas chiquito, ésta, es de cuando tenía la cabeza llena de rulitos, ahora, ya no tiene más rulitos, a mi me gustaban tanto... pero ahora mi nuera le hace cortar el pelo bien cortito, ¿sabe? _¿TIENE NIETOS USTED M'HIJA? AY, NO... ¡QUÉ DIGO! discúlpeme... discúlpeme, claro. ¡cómo va a tener nietos, usted! Si es muy joven, usted, todavía... es que a veces, se me confunden las cosas un poco, ¿sabe?... ¿Cómo era que se llamaba la empresa? _LA EMPRESA... ¿CÓMO CUAL? EN LA QUE TRABAJA MI HIJO... _SI, SI, NO IMPORTA, no importa... tiene razón. – AH... ¿QUÉ COMO SON LOS ALGUACILES? Al final no se lo dije. Y, son unos bichos así de largos ¿vió? Cómo le diría que son... son como... ¡Uf! qué calor que hace aquí, ¿no? ¿Vio qué lindos nietos que tengo? Los extraño un montón, más que nada al chiquito, ¿sabe? Que es el que más... es tan tierno, tan dulce...

_Y NO, ELLOS YA... NO. CASI NUNCA VAN AL PUEBLO y, ¿qué quiere que le diga? están muy ocupados. _NO... ¿LOS NIETOS SOLOS? tampoco van, tienen que ir al colegio... y, además, en el

pueblo..._AH... DE VACACIONES DICE USTED. Y, No, tampoco... la madre, dice que los chicos se aburren mucho en Las Flores... Es que los niños de acá... Son muy distintos, sabe... _Y, ¿POR QUÉ? PORQUE SE LA PASAN TODO EL DÍA CON ESAS MÁQUINAS... En cambio, en Las Flores... juegan, los chicos todavía juegan, a otras cosas, sabe... Juegan, sí... En cambio, yo veo a mis nietos, que apenas vuelven del colegio se sientan en esas máquinas con pantalla, y no hay quien los mueva de ahí; con los ojos pegados en eso, hasta hablan con la máquina... _SI, LE DIGO QUE SI, HASTA HABLAN CON LA MÁQUINA. Y, digo yo, ¿cómo hace una para hablar con ellos? No se puede, no, para no molestar, sabe... como una no entiende nada de eso, vió. No, si mi nuera tiene razón ¡Qué van a hacer en el pueblo! En mi casa no tienen d'esas cosas... Es que son muy inteligentes mis nietos, ¿sabe? También, salieron al padre, así es nomás... _¡AH!... SI... CUANDO ERAN MÁS CHIQUITOS, CLARO QUE IBAN... En vida de mi marido, sí. Y a veces, cuando ellos se volvían a Buenos Aires, dejaban a los chicos una temporada en

Las Flores. ¡El abuelo se ponía tan contento! El único hijo, ¡imagínese! cuando iban, a él siempre le gustaba preparar el asado, eso sí... pero ellos, ellos discutían mucho... _¡NO, PERO, QUÉ DICE M'HIJA! ¿SI ELLOS DISCUTÍAN CON MI MARIDO? ¡NO! ¡Qué Dios lo tenga en su gloria! Mi marido no era discudidor. ¡Pobre, si era un pan de Dios! Entre ellos. Discutían entre ellos, mi nuera con mi hijo, claro. Ahora, las cosas no son como antes... Ya no pueden ir más, sabe, mi hijo dice que a mi nuera el pueblo la deprime muchísimo... le sienta mal, se ve que sufre allá, la pobre chica, no se... es que nunca se sintió bien allá... apenas llegaba, que se empezaba a sentir mal, decía que le dolía la cabeza, en fin... A ver... permítame correr un poco esta pierna, _SI, VIÓ CÓMO ESTÁ DE HINCHADA, POR EL CALOR SE PONE PEOR. Así, así nomás está bien, gracias. Y hay que tener paciencia, no hay más remedio m'hija.

_¡PERO, MIRE QUE ES PORFIADA, NO M'HIJA LE DIGO QUE NO! – Y, YA SÉ QUE SON MI ÚNICA FAMILIA, pero no por eso una les va a arruinar la vida, una vieja con achaques como ésta... ya le dije

que a mi no me gusta molestar, ¿vió?... _¡NO... QUÉ LES VOY A COCINAR, A ELLOS, YO! NO... _PERO, ¡CLARO QUE COCINO! ¡MIRE QUÉ PREGUNTA! ¡CÓMO NO VOY A SABER COCINAR, YO! Toda la vida cociné... Pero, ellos, ¿comer lo que hago yo? No. _¿CÓMO QUE POR QUÉ? POR QUÉ... ¡porque comen afuera! Si, casi no están en la casa... y los chicos...comen en el colegio, así, que, dígame, para quién voy a cocinar en esa casa, yo. Ah... pero cuando eran chiquitos, ¡Cómo comían cuando iban a la casa de la abuela ¡uf! Mire, no sabe... Cómo disfrutaban esas criaturas pobrecitas... Se devoraban el dulce de leche a cucharadas y ¡cómo se ponía la madre conmigo! Se enojaba mucho la madre, sabe... pero yo, siempre se los tenía preparado para cuando iban, porque vea, yo siempre hago todo casero...BAH... ahora hago poca cosa ya... porque para mi sola no vale la pena, además, hay muchas cosas que no puedo comer, con la diabetes, sabe... Así es la vida, que se le v'hacer. La empresa... ¿Cómo es que se llamaba la empresa? ¿usted, puede creer que la tengo en la punta de la lengua? ...es que

es un nombre... _¿Y, CÓMO QUÉ EMPRESA? La empresa, en la que trabaja mi hijo, la que tiene un nombre en inglés, la que le dije que es del padre de mi nuera o sea de mi consuegro ¿no? _¡AH! QUE ESO NO SE LO HABÍA COMENTADO, se da cuenta cómo me olvido de las cosas... tiene un nombre en inglés, _SI, TIENE RAZÓN... tiene razón, no importa como se llama.

_Y, NO SÉ, NO SÉ QUÉ PUESTO TIENE...yo no entiendo mucho de esas cosas, ¿vió?... pero seguro que es muy importante...viven muy bien, gracias a Dios... tienen un piso, enorme... ¡pero mi hijo se lo merece eh!, todo se lo gana con trabajo. Igual que su padre que en paz descansa. Lo que no entiendo, es por qué tienen un nombre inglés. _LA EMPRESA, DIGO, -Y, PORQUE, ELLOS SE APELLIDAN GARCÍA, ¡vaya una uno a saber! si fuera de acá el nombre, a lo mejor sería más fácil de acordarse... _SI, SI, YA ME DIJO QUE NO IMPORTA...

_NO... A MIS CONSUEGROS NUNCA MÁS LOS VÍ... ¡UMM! Hace... ya... y, desde el día que se

casaron los chicos, que no los veo a mis consuegros. _SI, CLARO, COMO LE DIGO... son gente muy importante de Buenos Aires, muy conocida, ¿sabe? Qué quiere que haga yo, acá... Pero mi hijo, siempre me manda unos pesos, es muy buen hijo ¿le comenté eso no?, ah...si, claro que le dije. Por eso pude venir ahora a ver a los nietos, crecen tan rápido m'hijita, especialmente el más chiquito, cada vez que lo veo está más alto. _A MI... ¿QUÉ ME VA A PASAR, A MI? _¿EN EL PUEBLO, MIEDO? NO. Yo no tengo miedo, en Las Flores no hay peligro, sabe, ¡que v'haber ladrones! La casa, bueno, la casa se me hace muy grande a veces, eso sí, pero... en Las Flores, nos conocemos todos... _¡AHH! USTED DICE... QUE SI ME PASA ALGO, A MÍ... SI ME PASA... y, bueno... si tiene que pasar... va a pasar, algún vecino les va avisar. Porque tengo muy buenos vecinos, ¿sabe? En Las Flores, ¡la gente es tan buena! Pero, buena de verdad, ¿sabe? Y yo... estoy preparada, hija, ya estoy preparada, para cuando sea que tenga que venir... bueno, lo que tenga que venir... Mire, ¡Fíjese! El que viene por allá, lo ve... ¿no será el de

Esperando un tren

las cuatro? _¿QUÉ? ¡NO ME DIGA QUE NO LO VE!
Fíjese. Se da cuenta de que todavía tengo buena la
vista yo.

¿Vio, m'hijita que hay que agradecer a Dios todos los
días por todo lo que nos da?

EL CUARTO DE TV

Quién podría imaginarse semejante cosa Nadie. En esta época, digo yo... ¿qué es lo que una no se aguanta por el trabajo, vio? Y, se aguanta mucho... eso es verdad, pero lo que yo aguanté en esa casa... y, qué se yo. Mire, cuando empecé a trabajar en esa casa, hará cosa de un año, me parecieron “un poco raritos”, no le voy a decir que no, pero me dije también: con los años que tengo ya... me ha tocado trabajar con cada uno... hasta los había visto peor que éstos. Claro, que no sabía que iba a pasar lo que pasó, y que todo iba a terminar como terminó.

Cuando la señora, el primer día de trabajo, me dijo que yo me encargaría de toda la limpieza de ese tremendo caserón, y que ella se encargaría de hacer la comida de todos los días; no me llamó la atención en lo más mínimo. Ya, otras veces me habían tirado encima con todo el trabajo pesado. Que la señora se

viera todas las novelas en la televisión mientras estaba en su cocina... y bueno, pensé, ella puede darse estos lujos, ¿no? para algo es la patrona y paga. El señor, en ese entonces, venía para almorzar, para cenar, y para dormir; y, si mal no recuerdo, solo en el almuerzo y en la cena se cruzaban alguna que otra palabra; cosas como... pasame la sal... querés otra milanesa, ¿cómo te fue en el trabajo?... y esas cosas de compromiso, ¿vió? Un matrimonio más de estos... Mientras servía la mesa, yo notaba, que cuando el señor comentaba algo del trabajo, hablaba de la bolsa, algo para hacer plata de más plata... o algo así, como a veces se escucha por la TV y que nunca se entiende un comino, ¿vió?... ella, me parece que tampoco entendía un comino, movía la cabeza como quien se hace la que entiende mucho pero en realidad no entiende un carajo de nada, ¿sabe? bueno, la entiendo, porque realmente para mí también era chino lo que decía este hombre. Apenas terminaban de comer, siempre hacían lo mismo: él se levantaba y se iba a su sillón, (que era un sillón de esos que se estiran para poner los pies) ¿vió? Para

leer el diario. Entonces, ¡se hacía un silencio! A mi ninguno me obligaba, pero yo empezaba a andar en puntitas de pie por toda la casa. Ella no, ella se quedaba un rato más en la mesa... ¡vaya una a saber para qué!... pero se quedaba ahí como de piedra, como una hora y lo miraba... en realidad, digo yo, miraba el diario, claro, porque lo que es la cara del señor... al rato, era como que se despertaba de golpe y se metía en la cocina, y ahí, podía pasarse fácil, fácil... y, toda la tarde, lavando platos, ella me decía eso ¿no? Pero, yo se, que de paso se veía todas las novelas de la tarde. Ah... también se hablaban con los teléfonos internos de la casa, el señor y la señora, digo. Era más cómodo, y así no había que caminar tanto en ese caserón. Cada habitación tenía su teléfono, y cuando uno quería algo del otro, marcaba un número; porque cada pieza tenía un número diferente, ¿sabe? Y sonaban dos timbrazos seguidos. Al principio, a mi se me hacía una ensalada bárbara con los números que tenía que marcar... no entendía una mierda y me volvían loca con los timbrazos; no sabía nunca si la llamada venía de afuera o de

Nora Giú

adentro de la casa, o de donde mierda venían; hasta que me fui acostumbrando. Si eran dos timbrazos cortos, era llamada desde adentro, un timbrazo largo, llamada desde afuera. Hasta ahí, la cosa era más o menos normal; y, uno se acostumbra a todo, por el trabajo ¿vió? Qué quiere que le diga... a mí no me molestaba y además, me estaba acostumbrando estar en ese silencio, no hablar con nadie, eso era un cementerio, ¿vio? También... me acostumbré a ver que el señor llegaba cada noche más tarde... reuniones de trabajo, decía el tipo siempre; y a veces, ni llegaba y la comida de la noche, cada dos por tres iba a parar primero al congelador y después a la basura; porque al final no se la comía nadie, ¿sabe? Si a la señora le molestaba esto... jamás escuché una queja. Lo único que me decía era: - no te necesito más por hoy, te podes ir a dormir. Por supuesto que eso hacía yo, porque ella... y... ella, se quedaba viendo televisión en la cocina hasta vaya a saber qué hora se le hacía.

Yo creo... bueno, creo que lo que pasó el día de la fiesta, ¿vió?, fue, no se si decirlo así... a

mi me hizo pensar que las cosas estaban peor de lo que yo creía, fíjese; si, el día de la fiesta, una que hacen todos los años en la Empresa donde trabajaba el señor. Me acuerdo como si fuera hoy; porque la señora le había encargado un vestido de esos bien pitucos a su modista y todo. Si lo vi. cuando lo trajo a la casa, un vestido de una tela muy fina bordado con piedras que ni hecho por Versachi o Versacha, bueno, no importa, como se llame ese. Y, me acuerdo también, porque ese mismo día apenas se levantó por la mañana me dice: -“esta noche no te olvidés de cerrar todo bien antes de irte a dormir”- Al señor, no se le había visto el pelo en todo el día, (por los preparativos, pensé) cuando llegó, lo sé, sí, porque era la hora en que yo me preparaba unos mates, a eso del las ocho de la noche enfiló derecho para el dormitorio; la señora, hacía como dos horas que se estaba arreglando ahí dentro, yo pensé -“Bueno, ahora salen los dos vestidos como para las películas”-. De esto, mire, me acuerdo como si fuera hoy; yo estaba bajando las persianas para cerrarlas bien, porque si corre viento se golpean, cuando veo

que la señora sale del dormitorio con el vestido de fiesta, pero no puesto como en las películas, no, no... sino que pasa al lado mío y lo lleva estrujado en las manos... al vestido, sí, le digo que sí, echo un bollo así, mire, pasó casi disparando, ¡pero cómo! Yo no entendía un carajo, mire, hasta alcancé a verle los ojos colorados a la pobre y la boca apretada, pero eso no era de llorar, sabe, sino que los apretaba de rabia de bronca, qué se yo, porque se le habían puesto morados... Y blanca como una muerta estaba también. Total, es que esa noche, el señor se fue solo, ¡tan campante el tipo! a la fiesta; y la señora, sin abrir la boca para nada, se encerró de un portazo en la cocina y prendió el televisor... y quien sabe hasta que hora se habrá quedado ahí, no se si habrá comido o no, porque a mí como no me llamó más me dio sueño y me fui a dormir, qué iba a hacer...

A la mañana siguiente, me esperaba otro panorama. Resulta, que el televisor no estaba más en la cocina, había pasado al cuarto de costura y planchado. El traslado se debe haber hecho durante la noche, porque la verdad es que ni me enteré.

Estaba preparando el mate, cuando la señora se apareció por la cocina, ¡Madre mía la cara que tenía! para darme las nuevas órdenes: -“Desde ahora, en esta casa, (hasta la voz le había cambiado a la mujer) la comida la vas a hacer siempre vos, y yo me voy a encargar del planchado”. Está bien me dije yo, ahora sí que estoy arreglada, no voy a dar abasto con todo. Pero al final, no fue para tanto: el señor, que antes, por lo menos, venía a almorzar, no vino más. “Mucho trabajo por lo visto”. Y en la cena, seguíamos mandando lo que sobraba al congelador, “parece que al tipo también le habían aumentado las reuniones de trabajo nocturnas”... Así, que para mí, este tipo se había transformado en un fantasma, nunca se sabía cuando iba a aparecer por la casa. Un día, podía llegar de golpe al mediodía, y había que hacerle de comer a mil por hora, o a veces, solo venía para cambiarse de ropa y salía como alma que se lo lleva el diablo otra vez. A todo esto, la señora...y, la señora, ahora, siempre, viendo televisión metida en el cuarto de costura y planchado. Su nuevo hogar. Sin ánimo de exagerar, se había ido a vivir al “cuarto de TV”,

como empecé a llamarle, porque me resultaba más práctico. Y, sino, como se entiende... se llevó un sofá cama, me hacía que le llevara la comida para el almuerzo y para la cena... bueno, en fin, todo lo que necesita alguien para vivir, digo yo; de paso, no se perdía ningún programa de televisión; que por otra parte ¡el televisor era lo único que se escuchaba en esa casa en todo el día! A esta altura, ya se había puesto pesado vivir en el caserón; como la señora se había convertido en un zombi encerrado en ese cuarto de TV y el señor, en un fantasma que aparecía y desaparecía; en esa casa ya no se encendía más la calefacción (ella se las arreglaba con una estufita eléctrica en el cuarto de TV), ni tampoco se encendían las luces del resto de la casa; así, que para limpiar yo me tenía que abrigar como para ir a la Antártida; para no morirme de frío, y cuando la casa (a la tardecita) ya quedaba totalmente a oscuras, si no me ordenaban otra cosa, para no recontra congelarme de frío, y no andar como una boluda caminando en la oscuridad, me tenía que meter en la cama, ¡qué mierda iba a hacer! Pero el asunto se me complicaba más cuando

necesitaba preguntarle algo al zombi, y tenía la mala suerte de interrumpir su programa de TV; si la llamaba con los dos timbrazos por el interno, me contestaba: -“cuando venga la propaganda te lo doy... o te lo digo...”- y, según lo que estuviera viendo, ¿vió? Acostumbrarme a esto, ya no resultaba tan fácil. Yo trataba de entrar lo menos posible a ese cuarto de mierda, siempre tenía una mano, así estirada, preparada para frenarme, esto, significaba esperar. Un día, me tuvo como media hora parada como una estatua, detrás de ella, esperando que llegara el corte de publicidad para que me diera la lista del Super; bueno, de paso me ví la novela de la tarde.

Tal como estaban las cosas, yo ya había llegado a una conclusión: al fantasma sí que le venía muy bien la mudanza de la señora; entraba y salía cuando se le daba la real gana, total, nadie le pedía cuentas y, si se encontraba con el zombi era por pura casualidad, a lo mejor cuando salía para ir al baño. Y si él necesitaba algo, con los dos timbrazos lo pedía por el interno y listo. Al principio, él se acercaba al cuarto de TV y yo, inocentona, que

pensaba: “este hombre está preocupado por su mujer”; pero, después, me doy cuenta que era para asegurarse de que la señora no se movería de ahí dentro; porque en contados segundos salía y se encerraba en su habitación a sostener largas conversaciones con su secretaria. Cuando terminaba, se lo veía salir con una cara de fiesta y una sonrisa de oreja a oreja... ¡hasta parecía más joven el tipo y todo!

La que no parecía estar nada contenta con todo esto, era la madre; Me acuerdo, porque vino a visitar a su hija justo el día anterior a que pasara lo que pasó... Hacía mucho que no venía por acá, así que apenas le abrí la puerta se ve que sintió la ola de frío polar, porque me dijo muy molesta la vieja: “Esta casa está helada, ¿no te das cuenta mujer?” Yo, estuve a punto de contestarle que no, que el poncho y la bufanda me los ponía de puro boluda que soy nomás, pero una se tiene callar la boca, ¿vió? Me preguntó por la señora, y yo... por supuesto le señalé el único lugar donde se la podía encontrar. Conociendo el tema, le dije, “es mejor que la llame por el interno, el de los dos timbrazos” me miró con una cara de pocos amigos...

me parece que no le cayó muy bien que digamos, pero al final me hizo caso y la llamó. La señora no atendía rápido, dejó que sonaran varios timbrazos y varios timbrazos, antes de atender a la vieja. Al final, pudo entrar. Como la puerta quedó abierta se podía escuchar. La madre le decía a cada rato: “pero hija ¿qué te pasa? no podés continuar así”. La mujer lloraba a lágrima tendida, mientras la hija, nada, no decía una palabra... y la madre siguió llorando y siguió llorando hasta que se ve que se cansó. Cuando salió, la pobre mujer casi me lleva por delante y le veo los ojos en compota; aunque no era muy simpática conmigo que digamos, (porque siempre me miraba por encima del hombro) la verdad es me dio pena la vieja. Me preguntó por el señor... y cuando le dije que no lo había visto en todo ese día, ni el día anterior, corrió como espantada y dio un portazo que se debe haber escuchado en todo el barrio.

Pero esa noche, el señor vino. Lo que más me asombró, es que me preguntó por la señora. También “pareció enterarse que estábamos casi a oscuras” y me hizo encender algunas luces. Yo me había

acostumbrado tanto a la oscuridad... me las arreglaba bien para hacer las limpieza y ya no me atropellaba los muebles... en fin, la cuestión, es que encendí las luces: ¡parecía otra casa! y también le pude ver bien a la cara al fantasma que hacía bastante que no se la veía bien ¡Que cara que traía madre mía! El tipo tenía unas ojeras moradas que le llegaban al piso... “y, demasiada guerra y este, ya no es un pibe” pensé. Al ver que me iba para la cocina me dice: “No, no hagas nada, no voy a cenar”. “Claro, se alimenta de otra cosa”, pensé. Y se fue derecho para la pieza. Esta vez no pasó por el cuarto de TV para asegurarse de nada. “Hoy se suspendió la hot line”, pensé. Como me quedé sola y sin nada para hacer, me fui a dormir.

Por la mañana, me levanto con escalofríos en todo el cuerpo y los pies re-congelados, es que la casa estaba helada y salir de la cama era como meterse adentro de la heladera. “Este frío ya no es vida para un ser humano”, me dije. Al pasar por la cochera, veo que el auto del señor todavía estaba ahí. “Seguro que éste se quedó dormido... también, con la cara que trajo anoche”, pensé; y me fui a la cocina a

prepararme unos mates. ¿Y si le pregunto a la señora? Por si este hombre se había quedado dormido, pensé; pero enseguida me arrepentí “si esta mujer está más muerta que viva”, así que enseguida encendí todas las hornallas para calentarme un poco las manos ¡A buen puerto iba por leña yo! Para que no la despertara, me había dejado la lista y la plata para el Super. No perdí más tiempo y me fui. Mejor era salir un rato afuera que hacía menos frío que adentro. Cuando volví, el auto todavía no se había movido; ¡esto sí que era raro! Si ese auto, nunca se había pasado más de una hora en ese garaje. En fin, me dije, “si este tipo se queda, habrá que hacerle de comer”. Ahora sí que no tenía más remedio que ir a consultar a la señora.

Como estaba harta de hablar por el teléfono de mierda me fui directamente al cuarto de TV. Necesitaba que me dijera qué hacer de comer. No sé por qué no lo había notado antes... ese asqueroso olor a encierro, a mierda, en realidad... el cuarto estaba oscuro, como siempre, (por las persianas cerradas) y el zombi, sentado, con la vista clavada en

la novela que pasan por el canal 13 en la mañana. No alcancé a decir “seño... que ya, la mano del freno me interrumpió; pero, parece que el señor también tuvo la mala idea de comunicarse en ese preciso momento, porque, los dos timbrazos cortos empezaron ring ring, ring ring, y no dejaban de sonar... hasta que después de un rato, (yo tenía la cabeza como un tambor y estaba casi sorda), de muy mala gana, por fin se dignó levantar el tubo. Esto lo escuché bien claro, que le dijo: “esperá a que venga el corte de publicidad” Si... si, estoy segurísima que le dijo así: “esperá que venga el corte de publicidad”. Y colgó enseguida para no perderse nada de su novela. Yo, como hacía todos los días en ese bendito lugar... seguía esperando, como una pelotuda, hasta que por fin se acordó de mi, que seguía parada detrás como una estatua de plaza, dio vuelta la cabeza y abrió la boca: “Hacé un asado con papas al horno”- Y siguió con la novela.

Ya tenía el asado listo y lo único que faltaba era llamar al fantasma. Esta vez usé el interno. No había caso, me daba ocupado y ocupado... “Seguro que éste está otra vez con la hot line, que como hoy no fue

a trabajar...” pensé. No queda otra que ir a llamarlo a su dormitorio. La puerta estaba medio abierta... acerqué la oreja pero ni se escuchaba la voz... “Bueno, si interrumpo algo lo lamento... qué mierda, ya estoy harta de cocinar para fantasmas y Zombis en esta casa”, pensé, y empecé a golpear la puerta. De adentro no salía nada... ni señales. No sabía que hacer... seguí golpeando, hasta que de tanto golpear la puerta se abrió del todo...

La verdad, es que todavía me cuesta creer lo que ví... pero ahí estaba nomás... es que todavía la veo... a esa mano colgando, como si estuviera estirando los dedos para agarrar el teléfono que estaba tirado en el suelo. ¡Mientras viva no me voy a olvidar de esas ojeras! eran moradas, azules... sabe, me acuerdo, porque me quedaron grabadas antes que le taparan la cara con la sábana blanca...

SOY TESTIGO

Si no fuera por la necesidad de trabajar que una tenía... no aguantaba ni un minuto más en esa casa. ¡Que gente más rara!... Todo el mundo me miraba a mí, como si yo supiera lo que pasó. La madre de ella, que me decía que tuviera cuidado con lo que estaba hablando por ahí... la policía, que cada vez que me llamaban, me ponían re nerviosa, y me sentaban ahí, casi como una hora; y yo, temblando como una hoja, ¿viste? y me miraban con la cara esa que te ponen cuando los tenés ahí, enfrente tuyo...

“Usted tiene que decir la verdad y nada más que la verdad de lo que vio. Porque sino...” qué se yo lo que me podía pasar... y después... toda esta gente de la televisión...no sé...ellos me hacían cada pregunta...

Yo, al principio, estaba segura... a él lo encontré con la mano sobre el teléfono; en ese momento pensé, “el pobre quiso llamar a alguien antes de morirse...” pero, no se me ocurrió que justamente a la señora... pero, después, empezaron a

decir todas esas cosas... y, puede ser, ¿viste? La verdad, es que el del noticiero del trece, y que sé yo, y porque cuando me preguntó, que, cómo se llevaban ellos... ¡te hacen cada pregunta! Yo no sabía si hablar o no, pero los tipos te ponen ese micrófono enorme, acá encima, que por poco te lo tragás ¿viste?, y tenés delante al otro tipo con esa cámara que parece que se te va a dejar ciega...que, primero... mirá, creo que me quedé muda, no me salía una palabra, por miedo mas que nada... porque me iba a ver todo el mundo...a mí, ¿te imaginás? A mí. Después, creo que le dije, que cuando empecé a trabajar, hace cosa de un año más o menos... me parecían normales, en fin, un matrimonio de los tantos, esos, que cada uno agarra para su lado, ¿viste? pero nada más. Cuando la conocí, la señora ya se entretenía bastante con el televisor... pero...comían de vez en cuando juntos, y cruzaban una que otra palabra en la mesa... qué se yo... como, pasame la sal... esta carne esta muy rica...o como te fue en el trabajo...esas cosas ¿viste? pero no, el periodista ése, lo que quería saber, era que si a la señora le molestaba que el señor saliera

mucho...y yo, le expliqué, que el señor se la pasaba de reunión en reunión; que nunca terminaban antes de las tres de la mañana. Si a ella le molestaba... yo qué se si le molestaba... tanto como para eso... no sé.

Como le dije a la policía, esta gente no se llevaba muy bien; eso seguro. La señora, últimamente se encerraba todos los días... a ver la televisión, y para hablar con ella... y, a veces... había que esperar a que terminara la novela o había que llamarla por el teléfono interno con dos timbrazos; y claro, así se comunicaba el señor...creo también... mirá, mejor ni digo eso, por las dudas a ver si piensan que yo sé algo... ¡Dios me libre! ¡En qué mierda me metí! Un día, me tuvo como media hora parada atrás, si; esperando el corte, el de la propaganda, ¿viste? para que me diera la lista de lo que tenía que comprar en el super. ¡Quien lo puede creer! Atrás como una boluda... realmente...y, era el trabajo te digo... a veces el programa valía la pena, de paso así me veía las novelas; porque si no... nunca tenía tiempo, en esa casa hay que darle y darle nomás. Pero otras...

las que me tenía que aguantar. Yo creo que empeoró el día que la dejó sin ir a la fiesta...sí. Eso, (no se para qué) es lo que me preguntó la policía. Mirá, yo lo único que sé, es que la pobre ese día lo esperaba para ir a la fiesta con un vestido bárbaro lleno de piedras brillantes, y cuando él llegó, se encerraron en la habitación de ellos por un buen rato. Cuando ella salió, llevaba el vestido hecho un bollo en las manos....

Y luego, vino el del noticiero del 13, que no sé como se enteraron de lo del vestido; y me preguntó si yo no había escuchado algo que se dijeran esa noche... como... “vos no podés acompañarme, o algo así”, que algo tenía que haber escuchado. Mirá, yo me enteré que los vecinos comentaban lo del señor... y por eso...y qué sé yo, nunca se me ocurrió que por eso...bueno, pero la cosa es que a la policía le tuve que decir que desde ese día, ella casi ya no salía del cuarto del televisor. Y el señor era un fantasma, entraba para comer y dormir...bueno eso de dormir... de vez en cuando.

Una noche, vino el abogado que la defendía. Me dijo que tenía que ir a declarar otra vez, y me lo puso muy claro. “Escuchá muy bien lo que tenés que decir: que el señor llamaba todas las noches a Irma, su secretaria”. Esa, la que te dije que parece que era algo más que secretaria. Pero si yo, le contesté, en realidad... seguro, seguro, no sé a quien llamaba todas las noches este hombre. El dijo que eso no importaba, que lo diga igual y basta... ¡ah! y que tenga cuidado... que ni se me ocurriera decir que esa noche había llamado a la señora. Y que si mentía...iba a tener muchos problemas. Es que, yo, ya no sé ya cuando es que digo la verdad y cuando no... mirá, porque después, me llamó el tipo del noticiero del 13, otra vez, y me dijo: que si yo estaba segura si el señor había llamado esa noche para pedir ayuda a la señora, era muy grave ocultarlo. Que lo diga ante las cámaras así estoy mas protegida, o algo así... y lo peor, es que... protegida, no se de qué... de qué ¿vos sabés de qué? Yo tampoco.

Una mañana, vino la peluquera del barrio a preguntarme si era cierto lo que escuchó que dije por

la radio. “¿Yo? Le dije, ¿por la radio?” “¿Y cuando hablé yo por la radio?” le pregunté espantada, “si yo nunca hablé por la radio” no, me dice, -”vos no, boluda, pero ellos, dicen que aseguraste que la señora dejó morir a su marido cuando le pidió ayuda” ¿Dije eso yo? ¿Pero, y cuándo? “Y, lo habrás dicho m’hijita” Me dijo la peluquera, con esa voz de pito que tiene. Y me pregunta: “¿Cuando salís de nuevo en la tele?” “Y qué se yo, ¿para qué quiere saberlo?” Le pregunto yo. “Y... porque ahora, m’hija, tenés que cuidar la imagen” ¿La imagen? ¿Qué imagen? “claro, la imagen, porque ahora sos una figura pública, no sé si te diste cuenta, salís en la tele”. “Tenés que arreglarte, maquillarte más, cortarte el pelo, teñirte, y esas cosas” “Vos te venís a la peluquería, y yo, te dejo como una actriz de cine, eso sí, no te cobro nada, pero me le tenés que hacer propaganda al negocio cuando vengan los periodistas, ¿eh?”

Para colmo, ese mismo día, vino furiosa la madre de la señora. Se puso a gritar como una loca. Me dijo que estaba a punto de perder el trabajo si seguía hablando pavadas por televisión o por radio,

que a mí, lo que me está gustando era lucir la cara frente a las cámaras... y qué se yo todo lo que escupió esa vieja; pero resulta, que a la noche enciendo el televisor, ¿y a quién veo? A ella, a la vieja, si, la misma que viste y calza. Estaba hablando, pero en el otro noticiero, o sea, en el noticiero del canal 9, que es la contra del mío, ¿viste? del noticiero en el que salgo yo que es del 13. Estaba hablando con el abogado que la defiende a la hija... bueno, más hablaba ella que el abogado me parece... nunca la había visto tan maquillada (le habían sacado como diez años por lo menos) y con el pelo tan arreglado y una ropa, ¡que para qué te cuento! Parecía una reina. Tenía razón, mi vecina la peluquera, voy a tener que preocuparme más por el maquillaje y esas cosas... Ahora, cuando habló el abogado dijo algo que me dejó preocupada, sabés... dijo, “que yo estoy mintiendo, que lo que digo, cuando digo que el señor pedía ayuda, es una mentira, y que me iba a denunciar por falso testimo o testimoni o no se cómo mierda se llama eso... ¿lo escuchaste alguna vez? Qué es eso. Yo no entendía nada te juro...

Peor me fue cuando vino a verme el otro abogado... si, ese otro, el que dicen que defiende al marido...yo no tengo muy claro cómo se puede defender a un muerto, no, pero la cuestión es que también me dijo lo suyo que: ¡ojito con lo que le digo a la policía! que si yo sé que el señor estaba llamando por teléfono a la señora para pedirle ayuda, así lo tengo que declarar; que si miento...que me denuncia por falso testimo o testino no se qué puta dijo este también, y dale con que si miento o si digo la verdad o si no miento...

Bueno, mirá, después, esos, los de la televisión aparecieron de nuevo por la casa. Querían que saliera a hablar en el programa de Oscar Peretti ¿viste? En la televisión, imagínate, ¡yo, en el programa de Oscar Peretti! No, si es para morirse de risa. Esta vez, la llamé... a la vecina, la peluquera... ¿te acordás? Porque ella sí que sabe un poco más de estas cosas; yo, a esta altura, ya tenía un merengue en la cabeza que para que te cuento; y así se los dije a ellos, pero me dijeron: “Usted solo tiene que contestar lo que sabe” ¿Pero... qué es lo que yo sé? ¿Qué es lo que

tengo que decir? Miren, que si hablo, después los abogados dicen que me van a denunciar por falso... - “Usted, no se preocupe, me paró en seco, nosotros nos encargamos de todo” Y la peluquera me dijo. - “¿No te das cuenta boluda? Vas a salir en el programa de Peretti, ¡quién lo hubiera creído! ¡Cuántas, como vos, te creés que tienen esa oportunidad! Mirá, yo te dejo como una actriz de cine. Porque nunca se sabe... ahora vas a ser famosa” “Pero, le digo, yo, no sé que es lo que tengo que decir, y después, viene la madre y vienen los abogados... me da miedo y... ¿si meto la pata? y después, no se...” Vos, tranquila, como te dicen los de la tele, no te hagas problema por eso. Peretti se encarga de todo, ¿acaso no te lo dijeron? ¿Eso sí, lo importante, es que cuando estés frente a Peretti acordate de decir quien te peinó, eh?

Como para acordarse de quien me peinó y todo eso, estaba yo con unos nervios... bueno, la cuestión es que todo pasó en un santiamén. Me sentaron, ahí, con todas las luces encima, y a mí me empezaron a temblar las piernas, las manos, los labios, me hacían ruido los dientes, sí, casi me hago encima y todo,

Nora Giú

sabés, que... ¿qué dije? La verdad es que no se lo que dije y, creo que mucho no dije... Peretti, sabía como había muerto el señor... en realidad, habló todo él, me lo contó él a mí... si, así fue... así fue...

Lo peor de todo, fue cuando me fueron a buscar, sabés... eso fue lo peor...

Ayer, vino el abogado defensor, el de la señora, y me preguntó: “¿Vos, no te querés quedar aquí adentro nó?” Mirá qué pregunta, cómo me voy a querer quedar aquí, yo... “Bueno, entonces, lo mejor que podés hacer, me dijo, es, decir, que no estás bien de la cabeza, que a veces te quedás en blanco, que ni te acordás lo que dijiste. “Pero... le digo, si yo no estoy loca...estoy un poco confundida nomás, ¿pero loca? Por qué... loca”

__Es eso, o te quedás adentro, me dice...

Hace un rato, me llamó mi mamá, ¿sabés cuánto hacía que no hablaba con ella? ¡Uf! años... desde que vine a trabajar que no pude volver al pueblo. Hay que mandar la plata, son muchas bocas allá... sí, y me

dijo: “Vos, hacele caso al abogado de la señora que él sabe lo que tenés que hacer. Si el te dice que estás loca, estás loca. ¿Querés quedarte ahí adentro, vos?” Además, también me dijo: “tenés que pensar en tus hermanos... en nosotros... con lo que vos nos mandás por mes no nos alcanza para nada, y esa gente... bueno, ese abogado y la madre de la señora, se están portando muy bien con nosotros. Vos, hacé lo que te dice, si dice que estás loca, estás loca, y se terminó”

MARTÍN SALINAS

A medida que iba subiendo la cuesta, Martín meditaba sobre sus zapatos. Al ritmo de cada paso, abrían un gran agujero negro al desprenderse la goma de sus punteras; más, ¡con qué empeño se esforzaban en afirmarse sobre la cuesta pedregosa! Acaso, demasiado viejos y vencidos por el tiempo... Tal vez, si pegara las punteras y colocara papel de diario en las plantillas...

Absorto en rescatar de la ruina a su único calzado, un remolino de tierra arcillosa lo envolvió y lo cegó por algunos instantes. Los párpados se negaban a desprenderse y los sentía gordos de tierra. Cuando logró abrir los ojos, observó que las piedras que estaba pisando en ese momento, se habían oscurecido. Miró el cielo. Y vio que había cambiado de color. El pánico se apoderó de Martín.

Y comenzó a correr.

Atravesaba el terreno desierto del bosque extinguido, cuando comenzó aquel ruido que hace el

arroz cuando cae sobre el papel. Las gotas se estrellaban contra la tierra reseca y desaparecían sin dejar rastro alguno. Pero, la lluvia, se volvió más y más fuerte, y la tenacidad de la tierra, huérfana de los árboles que alguna vez la poblaron, dejó caer sus brazos, exhausta. Ahora, el agua dominaba esparciendo a gusto sus lagunas por aquí y por allá. Los pantalones empapados se adherían como ventosas a sus piernas y se volvían pesados haciendo su marcha más lenta; mientras que sus pies nadaban en los zapatos ya inundados. Martín miró a su alrededor. No había reparo. El cielo entero caía como un múltiple castigo de filosas flechas sobre su cuerpo.

Jadeando, exhausto y temblando por el frío consiguió llegar hasta donde comenzaba la gran depresión del terreno: en el interior del pozo, un caserío, que obstinado se sostenía en pie, permanecía intrépido ante el mensaje que año tras año traía la tormenta de octubre; desde que el bosque se había extinguido con las grandes orugas de la empresa maderera: si continuara lloviendo durante la noche, arrasaría de nuevo con toda la miseria de paredes y techos de

chapa, lata y madera de mil orígenes diferentes; que habían logrado levantar después de la última inundación.

En lo alto del terreno, Martín, era una figura difuminada en la inmensa catarata de agua que caía del cielo y empezaba a anegar la zona más baja. En contados minutos, la tierra en el pozo también se rendiría ante ella y aquellas callejuelas sin salida se ahogarían en una inmensa laguna. Debía bajar de inmediato, pero no sería muy fácil – pensó.

La tierra arcillosa se había convertido en una pista de jabón.

Mientras buscaba a su alrededor, vió, que justo al borde de la cava, un cartel de hojalata metido en el fango permitía ver a medias la sonrisa del último alcalde electo con la promesa de: “Vamos hacia el progreso” Sin dudarlo ni un segundo, se sentó sobre él y se deslizó hacia el fondo del pozo por la pista de jabón.

Saltando, de charco en charco y con las punteras de sus zapatos largando chorros por los

agujeros, Martín, llegó hasta su casa en el preciso momento en que su hermano mayor, a duras penas, arrastraba una pesada bolsa de arena. Ambos se miraron por un instante sin decir palabra. Martín la aferró por el otro extremo y lo ayudó a colocarla en la entrada. Y a esa bolsa siguieron otras bolsas, y otras... hasta que quedó preparada la única defensa que poseía el hogar contra la inundación. Luego de la última, la que se llevó consigo todo cuanto poseían, habían aprendido a hacerlo rápido, muy rápido.

“Cuando la tormenta se enfurece no hay tregua para los más débiles”- les había dicho su padre.

En una noche de invierno, en la que el frío helado invitaba a dormir abrigado y protegido, mientras afuera el ruido que hace el arroz sobre el papel se hacía más fuerte minuto a minuto, en el interior del hogar de los Salinas el trabajo aumentaba. No había tiempo, ni espacio, ni podían gastar energías en el miedo. Era una noche para estar en estado de alerta. La madre metía la ropa - que le alcanzaban sus hijos pequeños - en improvisados bolsos de sábanas, que luego cerraría anudando de las puntas. Sus hijos

mayores enrollaban colchones que luego enlazaban con cuerda; y preparaban aquellos muebles o cualquier pertenencia, -aptos para sujetar por los extremos con alambre- que mas tarde colgarían de las vigas del techo. Era muy tarde ya, cuando los hermanos mayores terminaron de alistar todo aquello que se podría salvar cuando el agua entrase en la morada. Los ojos oscuros de Martín recorrieron los escasos límites de la habitación en la que se encontraban. La misma, en la que su madre hacía magia para darles de comer, la misma, que los cobijaba de noche para dormir; y la misma, que ocupaba ahora el lugar de la que se había llevado el torrente de agua, durante la última inundación. Luego, clavó la vista en los escasos muebles, colchones y bultos de sábana que pendían del techo; y pensó, que en ellos, estaba todo lo que poseían. Oscilando sobre sus cabezas.

En el hogar de los Salinas solo restaba aguardar... hasta el último instante, hasta comprobar quien ganaría aquella batalla.

“Cuando la tormenta se enfurece no hay tregua para los débiles”.

Evacuar sería la última instancia, porque abandonar el hogar era sucumbir también al saqueo de aquello que el agua no se llevase consigo.

Aguardar, escuchando el incesante castigo del arroz sobre el papel. El ruido que producía el viento al sacudir las paredes y el techo de chapa a su antojo. El agua hurgueteando por cualquiera hendidura, para colarse y entrar. Martín observaba como su madre, cual una marioneta, se desvivía ahora aquí y después allá por recoger las goteras; hasta que fue inútil: no valía la pena continuar. Un rayo cayó y dejó vibrando las paredes de lata, los más pequeños corrieron a hundir la cabeza en la falda de su madre. Esta los abrazó fuerte, muy fuerte para ahuyentarles al miedo. Se quedaron a oscuras...

Encendieron algunas velas, y mudos, con los dientes apretados, los hermanos se reunieron junto a la mujer, cuando arrodillada en el suelo comenzaba a decir una plegaria. Su voz atravesaba la penumbra y, por momentos, parecía elevarse sobre aquel ruido

atemorizante del arroz sobre el papel, mientras el frío y la tensión crecían, como afuera crecía también el agua...

De pronto, el ruido se ahogó...

Desde el callejón venía un rugido... Los Salinas se cogieron de las manos. La corriente de agua vendría abriéndose paso por el estrecho espacio de las calles del Pozo. Un poco más, un poco más... había que aguantar hasta el último instante. En un ángulo de la estancia, con los puños apretados, Martín, permanecía acurrucado junto a su hermano mayor. Intentaba no apartar la vista que tenía clavada en el amontonamiento de trapos que habían colocado por debajo de la puerta de entrada; pero sus párpados se estaban volviendo pesados... No, no, esta vez no la dejarían entrar, esta vez no, esta vez no... Sus párpados se volvían más y más pesados, pero él debía mantenerse alerta junto a su hermano mayor. Primero, sacarían a los más pequeños, luego a su madre, luego... “El estruendo espantoso los estremece de la cabeza a los pies, la puerta explotó en mil fragmentos... y el ha quedado inmerso en una

gran viscosidad marrón chocolate, los ruidos y los gritos se escuchan lejos, muy lejos... la inmundicia pasa por delante de sus ojos, algo se pega a su mejilla cerca de la boca, siente asco, aprieta fuerte, muy fuerte los labios, qué no entre, qué no entre... una mancha más clara se aproxima, lo aferran por el brazo y su cuerpo es impulsado hacia delante, luego lo elevan... hasta que el frío le golpea de lleno en la frente y sus labios se hielan, pero su cabeza está fuera de esa viscosidad. Los ojos de Roberto Salinas están clavados en los suyos y tiene la cabeza cubierta de esa misma mugre, los rodea la basura, pedazos de maderas, un cuerpo pasa por su lado, tiene el rostro hinchado, los ojos abiertos y los labios morados, siente muchas ganas de vomitar, pero su padre está a su lado y lo aleja de allí... de improviso, la boca de su padre se mueve para decirle algo o para gritar, cuando un torrente de agua turbia se le viene encima... los ojos del hombre se desvanecen, se van, desaparecen, y en su lugar, han quedado flotando algunas maderas, la basura, la inmundicia...

-¡Papá, papá! –grita desesperado, Martín, mientras su mano se extiende al vacío.

-¡ Martín...hijo! ¡Martín! –lo llamaba su madre sacudiéndolo por los hombros.

Abrió los ojos y paseó su mirada por la habitación, reconoció los colchones, los muebles y los bultos que aún colgaban de las vigas del techo, a los más pequeños que lo observaban intrigados; luego miró sus zapatos de los agujeros negros sobre el suelo que aún continuaba seco, y después, a su madre que se encontraba a su lado.

__¿Y el agua? –preguntó atónito.

__El agua pasó de largo, hijo, la defensa resistió, gracias a Dios. Ahora hay que ayudar -y señaló hacia la entrada de la vivienda. Su hermano entraba arrastrando a duras penas una bolsa de arena.

Martín observó los ojos de su hermano mayor y encontró la mirada de su padre. Sin decir palabra, se apresuró, la aferró de la otra punta, y a esa bolsa siguieron otras bolsas... hasta que terminaron de apilarlas a todas en el fondo.

Nora Giú

Y allí permanecerían, hasta la próxima inundación.

“Cuando la tormenta se enfurece no hay tregua para los más débiles”

SINSABORES

“... **Q**uise ganarle al fracaso, de no emitir nunca un sonido, puro y único. Mío...”. Hace como una hora que Carlos y yo terminamos de leer la carta que nos dejó Elías, y ese fragmento sigue golpeando como el estribillo de una canción. ... “

Aún... ninguno de los dos ha quedado muy convencido. En otras circunstancias, nunca habiéramos podido admitirlo. Hace una hora que estamos enredados en esta maraña de partituras, comparando nota con nota, compás con compás y tiempo con tiempo. No sé por qué... pero hasta se me ocurre que está disfrutando con esto. Qué intenciones tuvo con semejante revelación. Podría no haber dicho nada... y todos tranquilos. Pero no, decidió confesarlo y pegarse un tiro. Así de sencillo. Cuando Carmen me contó como lo encontró, con la cara desfigurada, y la frente contra las teclas del piano, la confusión no me permitió razonar mucho... después... más tranquilo lo hice. Y...sí... no era la primera vez que Carmen lo

encontraba en posición similar, “luego de una de sus noches”, sólo que, en esta oportunidad, lo que se encontró fue su cadáver, un cadáver que un día antes había conocido el éxito, con el estreno de “Sinsabores”. La gran comedia musical.

¡Todavía escucho los aplausos y toda esa locura! ¡Me ardían las manos de tanto aplaudir! Sin embargo continué...continué hasta sentir las gordas y adormecidas. Mientras sonaban los acordes de la melodía central, y el coro acompañado por el público ¡frenético! Repetía una y otra vez el estribillo, Carlos, a mi lado y de pie como todo el mundo, participaba de todo ese delirio. Ahora pienso... en ese momento, más que nunca, compartíamos un sueño... ¡estar algún día en el lugar del maestro!

Acabábamos de egresar en el conservatorio de música, cuando llegamos al estudio de Elías Ramé. En el mundo de la música, especializarse en composición con un músico prestigioso, siempre puede abrirte puertas en el ambiente; “dime con quien estudias, y te diré que oportunidad tienes...”. Es así, todavía había mucho que aprender. - “Tienen mucho

tiempo”-, nos recordaba muy seguido, -“el talento solo, no basta”, -“ya llegará el día en que estén preparados”. El ejemplo de Elías siempre estaba presente.... treinta años en la vida profesional y recién hacía dos años había logrado que le grabaran algunos temas que habían tenido un éxito relativo. Y llegó por fin la gloria, cuando le puso música a “Sinsabores”, la gran comedia musical de Tomás Exiol.

El mundo del espectáculo es algo serio. Entre Carlos y yo, siempre era tema de conversación el desvelo de Elías para que no quemáramos etapas. Apresurarnos, podría haber sido “debut y despedida”. Paciencia era la clave. Mientras tanto, teníamos todo el espacio para crear y recrear nuestro talento, de la mano de Elías, no podía ser de otro modo, así era perfecto. Carlos y yo buscábamos constantemente la superación en un plano igualitario. La aprobación de Elías, era nuestra única meta inmediata. Eso nos hacía sentir seguros. Eran momentos sublimes, que hacían que le tolerásemos todas las consecuencias de los placeres mundanos. Al genio siempre se le

disculpaba todo, hasta las copas que lo embriagaban y le hacían perder la noción de lo terrenal. Pero que nos importaba, si la música no es del todo terrenal... aún, cuando nace de lo terreno... ¿acaso no se fuga más allá del tiempo y deja de pertenecernos? Sólo con alguien como él podíamos forjar la ilusión de triunfar algún día. Cada partitura que dejábamos en sus manos hacía renacer la esperanza. Por algunos días, quedábamos cautivos de su veredicto, y casi siempre nos daba una pista de cuánto habíamos progresado y cuánto nos estábamos acercando.

La bebida color caramelo solía borrar la agenda de su memoria, y hasta podía ocurrir que no recordara la clase del día, pero no tardaba en reponerse y comenzábamos con lo único que nos importaba: la música, la que dejábamos ser, para dejar de ser los que éramos.

Hasta que llegó aquella oportunidad... en la que no pudo darnos clase por una semana... un mes antes del estreno de Sinsabores. Por Carmen nos enteramos que Elías no se encontraba en condiciones de recibirnos, y esa vez sí, tuvimos miedo de

perderlo. Pero, logró sobrevivir. El día que volvimos al estudio nos atendió como si nos hubiera visto el día anterior, lo que confirmó nuestras sospechas: La semana entera había desaparecido del registro mental de Elías. Por nuestra parte... lo dejamos así, no quisimos herir al maestro diciéndole la verdad.

Carmen estaba muy nerviosa (la pobre mujer se había esmerado para devolverlo a la realidad). Luego nos comentó... “-Para ordenar un poco... guardé todas las partituras que encontré sobre el piano en la carpeta azul...” - “¿Y, cual es el problema, si esa es la carpeta de Elías?”- pregunté “ – “Nunca hago nada que el señor no me indique, y menos con sus partituras”- me explicó -. -“a quien le importa eso ahora, esta mujer le tiene un temor reverencial al maestro.- Pensé.

El letargo que le producía la resaca impedía que Elías volviera pronto a concentrarse en su trabajo, sobre todo que, esta vez, había llegado demasiado lejos. Nos sorprendió cuando a los pocos días nos

enteramos que había comenzado a trabajar en algo nuevo.

Sin embargo no todo era normal.

Lo notábamos un tanto obsesivo. Nunca lo había sido con los trabajos. Insistía con que había partituras nuestras que todavía no había evaluado. Pedía que le llevásemos todo el material de nuevo. En nuestra opinión, se trataba de otra de las tantas alteraciones de su memoria, así que sin darle mayor trascendencia, esperamos confiados a que se olvidara del tema.

¡Y como para no olvidarse! ... La producción de la Comedia musical Sinsabores, le comunicó que había resultado ganador en el concurso!

Conocer el contenido de la carta que nos dejó Elías, más que doloroso fue disonante, en realidad. A un músico un sonido desagradable, que ignora la armonía, lo turba. La más íntima convicción de quién fuera nuestro mentor, destruyó esa armonía...

“Quise ganarle al fracaso, de no emitir nunca un sonido, puro y único, mío... sin muletas prestadas.

Quise dejar de ser el ladrón que se ampara en la oscuridad de la veneración”...-

Hasta un sutil reproche...

“¿Por qué la idolatría que todo lo deja pasar?. Hasta el punto de no poder ver lo que era muy transparente, ¿por qué contaminarse con mi propio derrumbe? Solo debían dudar, simplemente dudar de la perfección, tomando distancia de lo que parece superior y hubieran descubierto que si raspaban un poco, habría aparecido el verdadero Elías...”

Y continuaba describiendo, paso por paso, los artilugios del músico para extraernos la materia prima y así, poder concebir lo que ya finalizado, iba a formar parte de la carpeta azul. No teníamos acceso a esa carpeta, salvo, que él quisiera mostrarnos algo.

Sus partituras eran sagradas.

Abrirla, nos pareció como violar una norma importante.

Llevamos ya... horas, en la confrontación entre partituras. Hasta el momento hemos encontrado algunas semejanzas, se basan en dos o tres compases... y en muy pocos casos se llega a cuatro.

Tuvo el cuidado de no llegar a cinco compases para no configurar el plagio. El disfraz en cada composición es impecable, nunca habríamos podido detectarlo sin su ayuda. Pero ninguna de estas composiciones mediocres podría ser merecedora de la fama. La pregunta flota en el aire... ninguno quiere aceptarlo ni hacerse cargo: ¿A quién le corresponde el premio mayor de Elías?

“El día en que encontré este regalo en mi carpeta azul, ya había pasado por mis manos la magia del autor. ¡Quién sabe cuando! Este desastre de días y de noches eliminó el desagradable recuerdo del momento en que llegó a mí para usurparla y también me negó el derecho de saber quien era su dueño, puesto que ahora desconozco cual de mis dos alumnos es el que me proveyó de la materia prima para realizar el plagio. Pero la audacia de un perdedor siempre encuentra un límite, la genialidad que dio nacimiento a Sinsabores será la última que podré atribuirme”

Las horas transcurren y crece la ansiedad por saber.

¿De quien de los dos nació Sinsabores?

Quedan menos partituras, y yo... renuevo en mi mente los aplausos y los gritos del público frenético. Observo a Carlos, igual que en aquella oportunidad en el teatro. Estoy seguro que seguimos compartiendo el mismo sueño, solo que esta vez... ninguno quiere perderlo a favor del otro...

No aparece.

“Maldito Elías, no hay retorno, ¡ya lo creo que estarás disfrutando! Con la estupidez de los otros siempre se disfruta.

Quedan muy pocas partituras.

-¿Quién de nosotros?

No puedo apartar esa pregunta. Me duele la cabeza de querer forzar las notas para encontrar alteraciones. Carmen se viene acercando con una bandeja, parece que nos trae café. ¡A quién mierda le importa un café que no pedimos!

Queda solo una partitura para cada uno.

Es mi turno de ir al piano por última vez. Pongo la partitura de Sinsabores a la par de la última hoja pentagramada que queda de mi autoría. En estas tampoco hubo plagio, las notas de Elías salen de nuevo ilesas. Me cuesta mucho levantarme, de pronto, peso una tonelada. Carlos ya está junto al piano esperando su turno, y no puede disimular la excitación. El café que trajo Carmen está frío. La mujer se ha quedado parada a mi lado. Seguramente siente lástima por este perdedor que espera que su contendiente levante los brazos... pero no... no es precisamente un semblante de triunfador el que estoy viendo en Carlos... ahora me mira con un desaliento igual al mío, no hace falta que diga nada... tampoco él... ¿pero entonces?... ¿Quién es el autor de Sinsabores?

Nos hemos quedado mudos...debe ser porque no sabemos que decir... Cármen parece querer hablar... ¿qué es lo que quiere ahora esta mujer?...-
“Les pido que me disculpen si hice lío... esa semana, en que el señor... bueno... estaba tan mal ¿no? Este... solo quise arreglar el desorden... y después

que lo ayudé a acostarse... guardé todas las partituras en esa carpeta azul...”

_. Me fastidia esta mujer siempre con el mismo tema. Si, recuerdo aquella semana en blanco, un mes antes del estreno de Sinsabores... ¿que importancia tiene esto justo ahora?... la verdad es que no me interesa en lo más mínimo, y no sé por qué Carlos me hace señas para que la deje continuar hablando.

-Porque creo que eran esas... las de la melodía tan linda que se estrenó en el teatro... la que el pobre Señor Elías...que increíble, con tanto alcohol encima que tenía, había estado sacando toda esa semana... antes de quedarse dormido sobre el piano.

No puedo soportar la carcajada de Carlos.
¡Maldito Elías, mil veces maldito, vendedor de ilusiones. La gloria siempre fue tuya y ni siquiera lo sabías!

INDICE

Tenemos casa nueva	9
Esperando un tren	31
El cuarto de TV	43
Soy testigo	59
Martín Salinas	71
Sinsabores	81